porque la leche es sangre, y en aquella sangre la misma virtud del padre que vive en el hijo hace la misma obra; sino que la diferencia es esta, que la madre puso este su caudal por nueve meses, y la ama por veinticuatro; y la madre cuando el parto era un tronco sin sentido ninguno, y el ama cuando comienza ya á sentir y reconocer el bien que recibe; la madre influye en el cuerpo, el ama en el cuerpo y en el alma. Por manera que echando la cuenta bien, el ama es la madre, y la que parió es peor que madrastra, pues enajena de sí á su hijo, y hace borde lo que había nacido legítimo, y es causa que sea mal nacido el que pudiera ser noble, y comete en cierta manera un género de adulterio poco menos feo y no menos dañoso que el ordinario, porque en aquel vende al marido por hijo el que no es dél, y aquí el que no lo es della, y hace sucesor de su casa al hijo del ama y de la moza, que las más veces es una ó villana ó esclava.

Bien conforma con esto lo que se cuenta haber dicho un cierto mozo romano, de la familia

de los Gracos, que volviendo de la guerra vencedor y rico de muchos despojos, y viniéndole al encuentro para recibirle alegres y regocijadas su madre y su ama juntamente, él, vuelto á ellas y repartiendo con ellas de lo que traía, como á la madre le diese un anillo de plata y al ama un collar de oro, y como la madre, indignada desto, se doliese dél, le respondió que no tenía razón; «porque, dijo, vos no me tuvisteis en el vientre más de por espacio de nueve meses, y ésta me ha sustentado á sus pechos por dos años enteros. Lo que yo tengo de vos es sólo el cuerpo, y aun ese me diste por manera no muy honesta, mas la dádiva que desta tengo, diómela ella con pura sencilla voluntad. Vos, en naciendo yo, me apartaste de vos y me alejastes de vuestros ojos; mas ésta ofreciéndose, me recibió, desechado, en sus brazos amorosamente, y me trató así, que por ella he llegado y venido al punto y estado en que ahora estoy.»

Manda san Pablo, en la doctrina que da á las casadas, que «amen á sus hijos (1).» Natural es

(1) Ad Tit., cap. 2, v. 4.

á las madres amarlos, y no había para qué San Pablo encargase con particular precepto una cosa tan natural; de donde se entiende que el decir «que los amen», es decir que los críen, y que el dar leche la madre á sus hijos, á eso San Pablo llama *amarlos*, y con gran propiedad; porque el no criarlos es venderlos y hacerlos no hijos suyos, y como desheredarlos de su natural, que todas ellas son obras de aborrecimiento, y tan fiero, que vencen en ello aun á las fieras, porque, ¿qué animal tan crudo hay, que no críe lo que produce, que fíe de otro la crianza de lo que pare?

La braveza del león sufre con mansedumbre á sus cachorrillos que importunamente le desjuguen las tetas. Y el tigre, sediento de sangre, da alegremente la suya á los suyos. Y si miramos á lo delicado, el flaco pajarillo, por no dejar sus huevos, olvida el comer y se enflaquece, y cuando los ha sacado, rodea todo el aire volando, y trae alegre en el pico lo que él desea comer, y no lo come porque ellos lo coman.

Fases de la vida de la mujer

La ancianidad

Mas ¿qué es menester salirnos de casa? La naturaleza dentro della misma declara casi á voces su voluntad, enviando, luego después del parto, leche á los pechos. ¿Qué más clara señal esperamos de lo que Dios quiere, que ver lo que hace? Cuando les levanta á las mujeres los pechos, les manda que críen; engrosándoles los pezones, les avisa que han de ser madres; los rayos de la leche que viene son como aguiiones con que las dispierta á que alleguen á sí lo que parieron. Pero á todo esto se hacen sordas algunas, y excúsanse con decir que es trabajo y que es hacerse temprano viejas, parir y criar.

Es trabajo, yo lo confieso; mas si esto vale, ¿quién hará su oficio? No esgrima la espada el soldado, ni se ponga al enemigo, porque es caso de peligro y sudor; y porque se lacera mucho en el campo, desampare el pastor sus ovejas.

Es trabajo el parir y criar, pero entiendan que es un trabajo hermanado, y que no tienen licencia para dividirlo.

Si les duele el criar, no paran, y si les agrada el parir, críen también.

Si en esto hay trabajo, el del parto es sin comparación el mayor. Pues ¿por qué las que son tan valientes en lo que es más, se acobardan en aquello que es menos? Bien se dejan entender las que lo hacen así, y cuando no por sus hijos, por lo que deben á su vergüenza, habían de traer más cubiertas y disimuladas sus inclinaciones.

El parir, aunque duele agramente, al fin se lo pasan.

Al criar no arrostran, porque no hay deleite que lo alcahuetee.

Aunque si se mira bien, ni aun esto les falta á las madres que crían, antes en este trabajo la naturaleza, sabia y prudente, repartió gran parte de gusto y de contento.

El cual, aunque no le sentimos los hombres, pero la razón nos dice que le hay, y en los extremos que hacen las madres con sus niños lo vemos. Porque ¿qué trabajo no paga el niño á la madre cuando ella le tiene en

el regazo desnudo, cuando él juega con la teta, cuando la hiere con la manecilla, cuando la mira con risa? Pues cuando se le añuda al cuello y la besa, paréceme que aún la deja obligada.

Críe, pues, la casada perfecta á su hijo, y acabe en él el bien que formó, y no dé la obra de sus entrañas á quien se la dañe, y no quiera que torne á nacer mal lo que había nacido bien, ni que sea maestra de vicios la leche, ni haga bastardo á su sucesor, ni consienta que conozca á otra antes que á ella por madre, ni quiera que en comenzando á vivir se comience á engañar. Lo primero en que abra los ojos su niño sea en ella, y de su rostro della se figure el rostro dél.

La piedad, la dulzura, el aviso, la modestia, el buen saber, con todos los demás bienes que le habemos dado, no sólo los traspase con la leche en el cuerpo del niño, sino también los comience á imprimir en el alma tierna dél con los ojos y con los semblantes; y ame y desee que sus hijos le sean suyos del todo, y no pon-

ga su hecho en parir muchos hijos, sino en criar pocos buenos; porque los tales con las obras la ensalzarán siempre, y muchas veces con las palabras, diciendo lo que se sigue:

XIX

QUÉ ALABANZAS MERECE LA PERFECTA CASADA, Y CÓMO PARA SERLO ES MENESTER QUE ESTÉ ADORNADA DE MUCHAS PERFECCIONES.

Muchas hijas allegaron riquezas,
mas tú subiste sobre todas.
PROVERBIOS

Hijas llama el hebreo á cualesquier mujeres. Por riquezas habemos de entender no sólo los bienes de la hacienda, sino también los del alma, como son el valor, la fortaleza, la industria, el cumplir con su oficio, con todo lo demás que pertenece á lo perfecto desta virtud, ó por decirlo más brevemente, riquezas aquí se toman por esta virtud conjugal puesta en su